



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 18 de octubre de 2000

La Eucaristía banquete de comunión con Dios

1. "Nos hemos convertido en Cristo. En efecto, si él es la cabeza y nosotros sus miembros, el hombre total es él y nosotros" (san Agustín, *Tractatus in Johannem*, 21, 8). Estas atrevidas palabras de san Agustín exaltan la comunión íntima que, en el misterio de la Iglesia, se crea entre Dios y el hombre, una comunión que, en nuestro camino histórico, encuentra su signo más elevado en la Eucaristía. Los imperativos: "Tomad y comed... bebed..." (*Mt* 26, 26-27) que Jesús dirige a sus discípulos en la sala del piso superior de una casa de Jerusalén, la última tarde de su vida terrena (cf. *Mc* 14, 15), entrañan un profundo significado. Ya el valor simbólico universal del banquete ofrecido en el pan y en el vino (cf. *Is* 25, 6), remite a la comunión y a la intimidad. Elementos ulteriores más explícitos exaltan la Eucaristía como banquete de amistad y de alianza con Dios. En efecto, como recuerda el *Catecismo de la Iglesia católica*, "es, a la vez e inseparablemente, el memorial sacrificial en que se perpetúa el sacrificio de la cruz, y el banquete sagrado de la comunión en el Cuerpo y la Sangre del Señor" (n. 1382).

2. Como en el Antiguo Testamento el santuario móvil del desierto era llamado "tienda del Encuentro", es decir, del encuentro entre Dios y su pueblo y de los hermanos de fe entre sí, la antigua tradición cristiana ha llamado "sinaxis", o sea "reunión", a la celebración eucarística. En ella "se revela la naturaleza profunda de la Iglesia, comunidad de los convocados a la sinaxis para celebrar el don de Aquel que es oferente y ofrenda: estos, al participar en los sagrados misterios, llegan a ser "consanguíneos" de Cristo, anticipando la experiencia de la divinización en el vínculo, ya inseparable, que une en Cristo divinidad y humanidad" (*Orientale lumen*, 10).

Si queremos profundizar en el sentido genuino de este misterio de comunión entre Dios y los

fieles, debemos volver a las palabras de Jesús en la última Cena. Remiten a la categoría bíblica de la "alianza", evocada precisamente a través de la conexión de la sangre de Cristo con la sangre del sacrificio derramada en el Sinaí: "Esta es mi sangre, la sangre de la alianza" (*Mc* 14, 24). Moisés había dicho: "Esta es la sangre de la alianza" (*Ex* 24, 8). La alianza que en el Sinaí unía a Israel con el Señor mediante un vínculo de sangre anunciaba la nueva alianza, de la que deriva, para usar la expresión de los Padres griegos, una especie de consanguinidad entre Cristo y el fiel (cf. san Cirilo de Alejandría, *In Johannis Evangelium*, XI; san Juan Crisóstomo, *In Matthaicum hom.*, LXXXII, 5).

3. Las teologías de san Juan y de san Pablo son las que más exaltan la comunión del creyente con Cristo en la Eucaristía. En el discurso pronunciado en la sinagoga de Cafarnaúm, Jesús dice explícitamente: "Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre" (*Jn* 6, 51). Todo el texto de ese discurso está orientado a subrayar la comunión vital que se establece, en la fe, entre Cristo, pan de vida, y aquel que come de él. En particular destaca el verbo griego típico del cuarto evangelio para indicar la intimidad mística entre Cristo y el discípulo, *m+nein*, "permanecer, morar": "El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él" (*Jn* 6, 56; cf. 15, 4-9).

4. La palabra griega de la "comunión", *koinonia*, aparece asimismo en la reflexión de la primera carta a los Corintios, donde san Pablo habla de los banquetes sacrificiales de la idolatría, definiéndolos "mesa de los demonios" (*1 Co* 10, 21), y expresa un principio que vale para todos los sacrificios: "Los que comen de las víctimas están en comunión con el altar" (*1 Co* 10, 18). El Apóstol aplica este principio de forma positiva y luminosa con respecto a la Eucaristía: "El cáliz de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión (*koinonia*) con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es comunión (*koinonia*) con el cuerpo de Cristo? (...) Todos participamos de un solo pan" (*1 Co* 10, 16-17). "La participación (...) en la Eucaristía, sacramento de la nueva alianza, es el culmen de la asimilación a Cristo, fuente de "vida eterna", principio y fuerza del don total de sí mismo" (*Veritatis splendor*, 21).

5. Por consiguiente, esta comunión con Cristo produce una íntima transformación del fiel. San Cirilo de Alejandría describe de modo eficaz este acontecimiento mostrando su resonancia en la existencia y en la historia: "Cristo nos forma según su imagen de manera que los rasgos de su naturaleza divina resplandezcan en nosotros a través de la santificación, la justicia y la vida buena y según la virtud. La belleza de esta imagen resplandece en nosotros, que estamos en Cristo, cuando con nuestras obras nos mostramos hombres buenos" (*Tractatus ad Tiberium diaconum sociosque*, II, *Responsiones ad Tiberium diaconum sociosque*, en *In divi Johannis Evangelium*, vol. III, Bruselas 1965, p. 590). "Participando en el sacrificio de la cruz, el cristiano comulga con el amor de entrega de Cristo y se capacita y compromete a vivir esta misma caridad en todas sus actitudes y comportamientos de vida. En la existencia moral se revela y se realiza también el servicio real del cristiano" (*Veritatis splendor*, 107). Ese servicio regio tiene su raíz en el bautismo y su florecimiento en la comunión eucarística. Así pues, el camino de la santidad, del amor y de la

verdad es la revelación al mundo de nuestra intimidad divina, realizada en el banquete de la Eucaristía.

Dejemos que nuestro anhelo de la vida divina ofrecida en Cristo se exprese con las emotivas palabras de un gran teólogo de la Iglesia armenia, Gregorio de Narek (siglo X): "Tengo siempre nostalgia del Donante, no de sus dones. No aspiro a la gloria; lo que quiero es abrazar al Glorificado (...). No busco el descanso; lo que pido, suplicante, es ver el rostro de Aquel que da el descanso. Lo que ansío no es el banquete nupcial, sino estar con el Esposo" (*Oración XII*).

Saludos

Saludo con afecto a los peregrinos de lengua española, especialmente a los sacerdotes de Valencia que celebran sus bodas de oro de ordenación, así como a los demás grupos venidos de España, México, Honduras, Perú, Chile y Argentina. En este Año jubilar os animo a todos a profundizar la relación con Cristo, siempre presente en la Eucaristía, fuente del compromiso para vivir con su mismo amor todas las actitudes y comportamientos de nuestra existencia.

Me dirijo ahora a los jóvenes, a los enfermos y a los recién casados, recordando que hoy es la fiesta litúrgica de san Lucas evangelista. Queridos *jóvenes*, que san Lucas os ayude a meditar diariamente el Evangelio, para llegar a ser auténticos discípulos de Jesús. Que el Evangelista de la misericordia os estimule a vosotros, queridos *enfermos*, a sufrir con paciencia cualquier enfermedad; y a vosotros, queridos *recién casados*, que san Lucas os indique siempre como modelo la Sagrada Familia de Nazaret.